

ESPIRITISMO Y REENCARNACIÓN

Jesús Martínez García

INDICE

1. ¿Hacemos una sesión?
2. La fiebre por «lo oculto»
3. Te lo tienes que creer
4. Espiritismo
5. Magnetismo e hipnotismo
6. El «médium»
7. ¿Actúan los espíritus en este mundo?
8. La actividad del diablo
9. El caso de Saúl
10. Dios reprueba esta práctica
11. Una nueva secta
12. La creencia en la reencarnación
13. Un relato
14. Conclusiones

1. ¿Hacemos una sesión?

Los seis chicos de dieciséis años habían llegado en el tren a un pueblo de la montaña, a una casa de los padres de uno de ellos. Pasarían la noche allí y a la mañana siguiente subirían un pico. Los últimos rayos del sol de invierno teñían de color rojo los nubarrones negros. Después de instalarse en la casa, recogieron leña y encendieron la chimenea que estaba adosada a una pared de la sala de estar. Sacaron los bocadillos y se pusieron a cenar aunque no eran todavía las nueve, pues ya era noche cerrada.

Después de cenar, uno apagó la luz de la sala. La amplia habitación quedó en penumbra, iluminada solamente por el fuego encendido. El movimiento de las llamas, que bailaban sobre los troncos, hacía que las sombras de los cuerpos de los muchachos se proyectaran, enormes y moviéndose, en las paredes. Habían quedado en silencio, como hipnotizados por la magia de la llama que se movía. Entonces uno exclamó:

– ¿Hacemos una sesión de espiritismo?

En un primer momento nadie de los que estaban sentados, enfundados en mantas, contestó. Todos habían oído hablar del espiritismo, de la mesa que se mueve, de que «alguien» de más allá puede hacer ruidos,... Pero no habrían sabido decir a ciencia cierta en qué consistía “eso”.

Tres de los chicos se levantaron para preparar las sillas alrededor de la mesa. Los otros tres no se movieron.

– ¡Venga!, que sólo es un juego. Vamos a ver si “funciona”, dijo uno de los que se había levantado.

– Sí, a ver si conectamos con «alguien». Bueno, mejor que no conectemos, no sea que...

A uno de los que seguía sentado no le gustaba nada el tema, y preguntó:

– ¿Por qué lo queréis hacer?

– No sé, hoy podemos hacerlo, ningún otro día podremos. Me parece que está prohibido, pero dicen que esto de lo oculto es excitante, como las películas de miedo.

– Pero las películas de miedo son mentira.

– Y esto también.

– Pues si es una tontería, que no “funciona”, yo no me levanto.

La luz seguía apagada, y los que habían preparado las sillas no habían logrado convencer a los otros tres y, claro, o lo hacían todos o no lo hacían, con lo que volvieron a envolverse en sendas mantas y se sentaron frente al fuego.

El último que había hablado, que era de los que habían permanecido inmóviles, añadió, sin dejar de mirar el fuego: – No es una tontería, ¿sabéis? Eso «funciona».

Entonces los que se habían hecho los valientes preparando la sesión no dijeron nada. Uno de ellos se zambulló más en su manta. El que había hablado continuó:

– Se está acabando la leña, ¿quién va a salir a la cabaña a por más?

Se habían quedado como mudos. En la penumbra no dejaban de mirar la llama que les tenía como hechizados. Ninguno respondió. Y ninguno se movió de la habitación hasta que se hizo de día.

A la mañana siguiente desayunaron y, a la luz del día, caminaron monte arriba, sin acordarse de lo que habían propuesto la noche anterior.

2. La fiebre por «lo oculto»

La mayoría de las personas que se acercan al ocultismo es por algún problema que no logran solucionar por medio de la medicina: es como un último recurso a unas «fuerzas» desconocidas. Pero hay otro caso: el de la gente joven. Muy posiblemente no se adentren en ese mundo, pero les atrae, como una fiebre de la adolescencia, para ver de qué se trata. Uno no sabe exactamente qué hay de verdad en todo esto de los videntes, de la reencarnación, de las profecías de Nostradamus, de los extraterrestres, etc. En algunas revistas aparecen montones de testimonios de personas que dicen haber oído mensajes desde el más allá, que

ciertas profecías –afirman– se han cumplido, que alguien ha logrado lo que deseaba desde que compró un talismán, o que el horóscopo ha acertado,...

Son cosas que se saben «de oídas», pero no sabe si son ciertas o no, porque en última instancia hay que fiarse de lo que dice un testimonio a quien no se conoce (uno se fía de lo que dice, sin más), y no se ha visto en la vida ordinaria ninguna de esas cosas: no hay cátedras de espiritismo, ni hay en ningún Hospital un departamento donde se cure con piedras preciosas, ni nadie predice el futuro con certeza, por mucho que se afirme que un espíritu se lo ha dicho.

Total, que uno no sabe a qué carta quedarse, pero se le puede ocurrir asomarse a una de las variadas facetas del ocultismo. Aquí sólo diremos algunas cosas sobre el espiritismo para conocer un poco de qué va. Pero antes vamos a ver algunos elementos comunes de las prácticas ocultistas.

3. Te lo tienes que creer

Una de las premisas que se exige cuando alguien se acerca a este oscuro campo del ocultismo es que te tienes que creer, así de entrada, que esto funciona; porque si no, no hay nada que hacer. Este principio es fundamental, porque todo el mundo de las fuerzas ocultas es una «creencia». ¿Se trata, entonces, de que unas personas se aprovechen de la credulidad de otras? No se pueden juzgar las intenciones así de entrada. Pero conviene saber que hay gente que saca dinero, y algunos bastante dinero con estas cosas. Los adivinadores del futuro cobran por decir qué número de lotería será el premiado, aunque ellos no juegan a ese número: su lotería es la credulidad.

En otros casos, el vidente «ve» cosas. Es más, una multitud puede ver hechos extraordinarios que, sin embargo, no sean reales. La sugestión es una realidad, el hipnotismo también lo es. Cuando alguien está predispuesto a ver bajar estrellas del cielo, puede acabar «viéndolas», estar seguro de ello, y no ser sino el producto de su imaginación. Por eso es tan importante estar dispuesto a creérselo.

Recuerdo una señora que me dio un pequeño tríptico, una especie de estampa en tres cuerpos, que ella misma había editado en una imprenta. En la portada estaba su fotografía tamaño carnet, y debajo su biografía. En el resto del folio doblado explicaba que ella fue a bañarse al mar y se ahogó; una señora, con un vestido reluciente, la sacó a la playa y la resucitó. ¿Qué se le podía decir a la señora si ella estaba absolutamente convencida? Simplemente le aconsejé que fuera el domingo a Misa y que leyera algún libro sobre la Fe católica.

Muchas persona afirman haber «visto» cosas: un túnel, una luz, etc. De alguna manera son cosas normales de la psicología: son imágenes o sucesos que hemos visto de pequeños o hemos soñado y nos impresionaron vivamente. El recordarlo puede dar temor, como a uno le entra pavor cada vez que recuerda un accidente que tuvo hace años en el que estuvo a punto de morir.

Otra cosa que se dice con insistencia es que el vidente (o la vidente) o el profeta es una persona normal, honrada, incapaz de tener alucinaciones. Simplemente ha sido él/ella la persona elegida, o que tiene unas dotes especiales para conocer las cosas ocultas.

Y dos ingredientes que no faltan nunca son el elemento religioso y los datos científicos. Cuando se dice que una chica ha sido la elegida para comunicar un desastre mundial, un castigo de Dios, a no ser que la gente se convierta, se juega con el subconsciente de los asistentes. Porque eso recuerda algo a San Juan Bautista profetizando la llegada del Mesías, diciendo: arrepentíos porque si no caerá sobre vosotros la ira de Dios; ha llegado el día, está cerca el día del Señor... Y recuerda la aparición de la Virgen en Fátima, que pedía se rezara para que no viniese el peligro del comunismo y la guerra mundial. En todos estos casos se aducen palabras de la Sagrada Escritura para apoyar las afirmaciones.

El otro ingrediente es afirmar que lo que se dice tiene base científica. En las novelas ya se sabe que todo es mentira, y que nadie se encontrará con Don Quijote ni con Poirot. Pero es necesario darle una apariencia de verosimilitud para que, aunque se diga al inicio del libro que se trata de una novela (como hace J.J. Benítez en su primer libro Caballo de Troya), quien lea el libro acabe creyendo que lo que se cuenta es posible, incluso que es así como ha ocurrido. (En este caso, además, va haciendo coincidir su relato imaginado con la historia de la Biblia, con lo que el lector puede acabar imaginando que el Evangelio es tal como Benítez lo cuenta: con extraterrestres y todo, con el grave peligro para la fe que encierra esa fabulación).

Es el caso típico de los extraterrestres, aunque poco les importe a quienes lanzan las noticias que la misma ciencia se encargue de desmontar sus suposiciones. Podemos recordar la propaganda que se hizo en 1995 en algunos periódicos y canales de televisión: se iba a emitir un documental de alto secreto no revelado desde 1970 sobre la autopsia de un extraterrestre capturado por el ejército norteamericano. Se trataba del dato irrefutable de que existe vida en otros planetas y que desean comunicarse con nosotros. Por curiosidad, mucha gente encendió el televisor aquel día en que estaba prevista la proyección. Efectivamente aparecía una especie de muñeco dormido sobre una mesa de operaciones y unos hombres con bata blanca haciéndole unas pruebas. Pero al día siguiente ya estaba deshecho el embuste: no se decía en qué Hospital o en qué ciudad se hizo la prueba; aquélla no era una mesa de autopsia porque le faltaban las típicas ranuras; en la sala de operaciones había un teléfono de unas características que no se comenzó a fabricar hasta los años ochenta,... No se volvió a hablar del tema.

Lo único que quedó fue el beneficio económico de los inventores de la noticia. Aunque también es posible que en el recuerdo de algunos que están dispuestos a creérselo, pasado un tiempo sea un dato más que les confirme su creencia. En unos casos la ciencia ha ido demostrando la falsedad; en otros, como aquellos que fotografiaron platillos volantes en los años setenta, ellos mismos confesaron veinte años después cómo hicieron el truco.

Pero el que quiere creer en estas cosas, creerá aunque le demuestren lo contrario. Y es que el hombre, como no acaba de dar explicaciones a todo lo que ve, necesita creer en algo o en alguien. Además el hombre es religioso por naturaleza, está dentro de él una nostalgia de Dios, de lo divino. En realidad, Dios se ha revelado a los hombres –ahí está la Biblia– y Jesucristo a dado a su Iglesia una especial ayuda para que enseñe con verdad y sin error aquellas verdades necesarias para nuestra salvación.

Cuando creemos lo que nos enseña la Iglesia, los cristianos hacemos un acto de fe. Pero esto es normal, porque en la vida corriente hacemos muchos actos de fe. Las cosas que conocemos las sabemos porque hemos tenido experiencia de ellas o porque nos lo han

contado. Cuando nos cuentan algo (un amigo, un libro, un periódico), aunque no lo hayamos visto nosotros, tenemos más o menos seguridad de que es verdad en la medida en que quien nos lo cuenta es más o menos creíble, porque sabe sobre el tema. En todo acto de fe lo que hacemos es fiarnos de quien nos lo dice, pero para ello exigimos alguna prueba de que sea creíble. En el caso de las verdades que nos enseña la Iglesia Católica, la garantía es Dios mismo, que ha demostrado que era Él quien hablaba, mediante milagros y profecías cumplidas.

En el caso del ocultismo uno se fia del vidente, del escritor o de quien sea. Uno es muy libre de hacerlo. Pero hay que tener en cuenta que no se trata de una cuestión intrascendente, sino de estar en la verdad que afecta a lo más importante de nuestra vida: la salvación eterna.

4. Espiritismo

El espiritismo consiste en la evocación de los espíritus de los muertos para obtener revelaciones. Supone provocar una comunicación perceptible por los sentidos. Y esto se hace a través de una cosa (mesa, vaso) por la que el espíritu se «comunica», o a través de un médium, el intermediario a quien se manifiesta el espíritu, y que el médium entre en trance para conectar con él. Este “espíritu” puede ser el de un muerto o el de uno que nunca ha estado encarnado en la tierra. Hace años se decía que los espíritus pueden adoptar cierta forma de fantasma, y que incluso se les hicieron fotografías en habitaciones a oscuras y aparecían en los negativos ciertos resplandores. Pero después se descubrió el truco fotográfico. También se dice que se manifiestan a través de ruidos o moviendo objetos.

La nigromancia, o evocación de los muertos para obtener de ellos alguna revelación, es muy antigua. Por ejemplo, es el tema del Libro de los muertos, de Egipto. En la Eneida, Virgilio relata el descenso de Eneas al Hades, donde, entre otros, se encuentra con su padre, Anquises. En muchos autores clásicos se habla de este tema: Cicerón, Plutarco, Horacio, Tácito,... A final de la Edad media y en el Renacimiento cobró otra vez auge, con el tema de las brujas. Pero fue en el siglo XIX, por el desencanto por la filosofía de la Ilustración y el mito del Progreso (que creían que iban a demostrar todo científicamente y a desmitificar todo lo religioso), cuando surgió una reacción por lo religioso: por ejemplo, en Estados Unidos aparecieron multitud de sectas que hablaban de creer en el más allá. Aquí se entronca la desmedida curiosidad por lo esotérico, lo misterioso.

El espiritismo propiamente dicho comenzó a partir de los sucesos de Hydesville de 1848, cuando las hermanas Fox, Catalina y Margarita, decían oír ruidos extraños. Se hicieron pruebas y en la casa se oían golpes en la pared, como si alguien llamase; las sillas y las mesas se movían como impulsadas por manos invisibles. El que parecía llamar empezó a responder a las preguntas que se le hacían y se formuló un código de señales para facilitar la comunicación. Se advirtió entonces que para recibir los mensajes se requerían unas disposiciones especiales como las de las dos niñas. Por lo que se las ha tenido como los primeros *médiums*. En 1851 las hijas de los Fox fueron sometidas a un examen por tres médicos de Búffalo, que dictaminaron que los ruidos procedían de las articulaciones de las rodillas. Pero en la casa de los Fox seguían reuniéndose y seguían las comunicaciones con alguien del más allá. Los concurrentes se reunían alrededor de una mesa y por la presión de

las manos sobre ella, la mesa giraba y danzaba, y emitía redobles de tambor, sonidos de martillazos y otros ruidos.

Se decía que en otras ciudades se produjeron sucesos semejantes: se oían golpes, música o cantos; giraban las mesas, levitaban objetos o se trasladaban solos; aparecían manos luminosas, figuras de fantasmas, huellas en el suelo, escritura en papeles; y los médiums decían cosas asombrosas, que no tenían por qué saber, sobre temas literarios, artísticos, filosóficos o predecían cosas futuras.

En 1852 dos médiums, Hayden y Roberts, llegados de América, realizaron en Londres varias sesiones ante una multitud, entre la que estaban varios científicos. El efecto no se dejó esperar: aparecieron multitud de publicaciones sobre el tema y en las tertulias de café no se hablaba de otra cosa. Por entonces en París actuaba un grupo de «magnetizadores» (más tarde se les llamarían médiums) que revelaban cosas de ultratumba. Uno de ellos, Cahagnet, publicó en 1896 un libro: *Révélations d'outre-tombe*, en el que escribía mensajes de personajes fallecidos.

Ante estos hechos curiosos la gente se dividió. Unos decían que era prestidigitación, y de hecho se demostró la falsedad de muchas de esas actuaciones curiosas; otros expresaron que desde el más allá estaban intentando comunicarse con el más acá; otros negaron toda influencia del más allá, atribuyendo todos los fenómenos espiritistas a fuerzas físicas, hasta hoy desconocidas.

Para algunos, se trataba de un algo, una fuerza psíquica que poseen algunas personas o un conjunto de ellas. Otros decían que se trata de emanaciones, efluvios que salen del cuerpo humano que, incluso, se pueden fotografiar. Estas ondas psíquicas podrían propagarse por el espacio como las ondas de la radio y afectar a los cuerpos o a las personas que las captan. Otros hablaban de vibraciones de las células del cerebro, que emitidas hacia el exterior pueden conectar con lo que otra persona está pensando (viva o muerta).

Pero la teoría que más aceptación tuvo fue la que formuló Allan Kardec (Hipólito León Rivail) en su *Libro de los espíritus* (París 1853), que fue como el manual para conocer lo que es el espiritismo. Según él, el hombre consta de tres elementos: el cuerpo material o visible, el alma (espíritu encarnado en el cuerpo), y el lazo que une materia y espíritu, el periespíritu, que es una envoltura semimaterial. Al morir la persona, el cuerpo se destruye, pero el espíritu conserva el periespíritu, que constituye con el alma un cuerpo etéreo, invisible para nosotros en el estado normal, pero que puede hacerse visible y hasta palpable en las apariciones del espiritismo.

Según Kardec, a lo largo del tiempo Dios ha hecho tres revelaciones. «En la ley mosaica hay que distinguir dos partes, a saber: la ley de Dios, promulgada en el Sinaí, y la ley civil o disciplinar, dictada por Moisés... La ley del Antiguo Testamento está personificada en Moisés, la del Nuevo en Cristo; el espiritismo es la tercera revelación de la ley de Dios, aun cuando no está personificada en un individuo determinado, pues es el producto de las enseñanzas predicadas, no por un hombre, sino por los espíritus, que son la voz del cielo, en todos los puntos de la tierra, y por una multitud innumerable de intermediarios». Según Allan Kardec, los espíritus siguen en el mundo y se manifiestan espontáneamente o cuando se les evoca, y ellos nos pueden comunicar cosas que conocen.

5. Magnetismo e hipnotismo

Antes de negar los hechos en los que se basaba Kardec (o antes de dejarnos influir por él), conviene hacer algunas aclaraciones. Y es que en realidad existen fuerzas naturales o propiedades de las cosas que hacen que unas influyan en otras. Veamos qué es el magnetismo y el hipnotismo.

Con el nombre de magnetismo se comprende el conjunto de influjos, semejantes a los que produce la electricidad, que se dan entre los cuerpos: la atracción entre los planetas, la fuerza del imán sobre el hierro, etc. En este sentido, algunos minerales, cuando son aplicados al cuerpo de los animales o de los hombres, producen efectos o alteraciones en los nervios, en la circulación de la sangre, etc. No son simples talismanes, sino que ejercen un influjo físico, que puede ser utilizado para curar. También se pueden curar enfermedades aplicando electricidad (electroterapia).

Algo semejante sucede con la circulación de la sangre en el hombre, el flujo del sistema nervioso y el desprendimiento de calor del cuerpo humano: producen efectos. El tema no está estudiado del todo, pero que existe un fluido en la persona humana, una energía, radiación o como se quiera llamar, es una realidad. Por eso los zahoríes, llevando dos varas en sus manos pueden captar “corrientes” de algo que fluye, ya sea un río subterráneo ya sea de un cable con tensión que está enterrado. Una corriente influye en la otra. De hecho, se han hecho fotografías de personas donde aparece como un halo de luz alrededor.

Por eso, no tiene nada de extraño que varias personas, poniendo las palmas de sus manos sobre una mesa, ésta se eleve como atraída por un imán y se mueva; o que acercando un dedo a un objeto, éste se aleje, como también se adhiere un trozo de papel a la lana que se ha frotado.

Por su parte, el hipnotismo es un estado de sueño provocado artificialmente por una excitación uniforme de los sentidos o, la mayoría de las veces, por la sugestión, el cual presenta una serie de fenómenos extraños como alucinaciones (se ven cosas extrañas), suspensión de los sentidos, fuerte dependencia psíquica del hipnotizador, cambios corporales, etc. La explicación está en la excitación de determinados centros nerviosos del cerebro, y la fuerza prodigiosa de la fantasía, la cual priva de su normal libertad a la vida psíquica con la sugestión (o la autosugestión) e impone a la persona determinadas actividades.

La hipnosis puede ser utilizada, con cuidado, en la medicina para fines terapéuticos. Desde el punto de vista religioso sólo se le pone reparos si se usa con fines supersticiosos, o por el debilitamiento de la salud o los fines inmorales que se puedan pretender.

El magnetismo y el hipnotismo son fenómenos naturales estudiados relativamente desde hace poco tiempo. Pero sería un error garrafal decir que esos efectos son producidos por seres de ultratumba. Sin embargo, el hecho ha sido que en muchos pueblos a lo largo de la historia se atribuían esos fenómenos a fuerzas divinas, se tendía a la superstición de que ahí había algo sagrado al no saber dar explicación de causa-efecto. En el pueblo judío y en el cristianismo esto no se ha dado generalmente, pues al creer en Dios y en su providencia, cuando se producía un hecho inexplicable, el razonamiento era y es: «Dios sabrá por qué sucede» y «quizá se entienda más adelante», pero en ningún caso lo atribuían a seres desconocidos.

El cristianismo ha tenido que combatir desde su inicio esta concepción de atribuir los sucesos inexplicables a «fuerzas ocultas o superiores», al poder de las brujas, y sobre todo a la invocación del diablo. En los pueblos que no creían en el Dios verdadero era común temer al espíritu del mal, lo cual llevaba con frecuencia a no querer estar enemistados con él, a tenerle a favor (a través del hechicero), incluso a servirle ofreciéndole sacrificios. En la medida en que el cristianismo iba impregnando la sociedad, esas prácticas iban desapareciendo, pues las personas tenían esperanza en un Dios que es Señor y Padre, y que el diablo está sometido a Él. Pero aún queda esta creencia en pueblos atrasados culturalmente.

Contrariamente a lo que muchos suponen, los cristianos creemos en muchas menos cosas de las que creen los que afirman no creer en nada. El problema se agudiza cuando algunas personas espabiladas aprovechan la credulidad de los demás para sacar partido de ello. Nos encontramos con que, en el mundo del ocultismo, algunos (quizá porque ellos mismos estaban convencidos) se han aprovechado para hacer creer a otros que se trataba de «fuerzas ocultas» o de medios por los que nos querían hablar desde el más allá.

Dos son los tipos de personas credulonas: la gente sencilla e ignorante, y la gente cultivada pero que se niega a creer lo que Dios enseña a través de su Iglesia. Éstos, pensando que son más listos que la Iglesia, creen haber encontrado otra explicación. Por un lado son racionalistas (pues no están dispuestos a creer lo que no se ve ni en los milagros) y por otra creen a pies juntillas la astrología o lo que dice un libro o un personaje que afirma cosas ocultas. Curiosamente, las prácticas ocultistas y la invocación al diablo en los países tradicionalmente cristianos se produjo en la medida en que se trataba de arrancar el cristianismo. En este sentido, hay estudios sobre la relación del ocultismo y los personajes de la Ilustración francesa, la Masonería, los Carbonarios, etc. (Cfr. Rino Cammilleri, *Los monstruos de la Razón*)

En el caso de las sesiones de espiritismo, el movimiento del vaso o los golpes que da en el suelo la pata de una mesa son interpretados como que «alguien del más allá nos dice algo». Si el vaso va a un lugar o a una letra y luego a otra deducen un mensaje; si la mesa produce un golpe es sí, si son dos es no, y así «los espíritus» van respondiendo a las preguntas.

Pero hay que decir que, si se producen esos hechos físicos, explicables naturalmente, el darles un significado (y que ellos atribuyen a los muertos) eso sí que es una creencia no comprobada. Es decir, si el espiritismo (que los espíritus nos hablan) se demuestra por unos códigos de comunicación (los golpes de la mesa, por ejemplo), y estos códigos los han creado o los interpretan los espiritistas, toda la creencia radica en fiarse de quien ideó el sistema.

Por ejemplo, si a cada cara de un dado se le da un significado y se echa el dado varias veces, según caiga, el dado «dirá» unas cosas u otras. Está claro que no depende del dado, sino del código que se ha admitido con anterioridad. De manera semejante sucede con la astrología: cuando se ha admitido que cada vez que Marte, Júpiter y la Luna estén en triángulo significa tal cosa (es decir, cuando se ha admitido que los astros me hablan), cada vez que eso suceda «creeré» que es así. Pero, ¿quién ha establecido ese lenguaje y esos contenidos? Se dirá que es algo ancestral, y que fueron los espíritus quienes manifestaron el código por el que se iban a hacer inteligibles para nosotros...

¡Quién le iba a decir a Marte (que es una piedra que se mueve según el orden que Dios impuso), a un dado (que depende de la fuerza con que se lanza y del lugar donde cae) o a un

vaso (que huye de un cuerpo cargado de electricidad) que iban a ser la voz de las estrellas y de más allá todavía! Lo que sucede es que a cualquier persona que ve moverse una mesa, o escuche palabras y no sabe dar su explicación, está dispuesta a creerse lo que se le dice.

Cuando Dios ha hablado a través de alguna persona, demostró que era Él quien hablaba haciendo milagros probados y diciendo profecías que se cumplían, pues sólo lo puede hacer Dios. Los «milagros» que aportan los espiritistas para probar que son los espíritus quienes nos hablan son fenómenos curiosos, pero no milagrosos, pues se explican por la ciencia.

6. El «médium»

¿Qué decir de todo esto? En primer lugar, que hay mucho de farsa: el que va a una sesión de espiritismo por primera vez puede no darse cuenta de los ganchos o los imanes que tienen en sus mangas los otros para elevar la mesa, o no saber que existen los ventrílocuos. Si sale bien, se puede ganar dinero con esto.

En segundo lugar hay que tener en cuenta la sugestión, pues cuando se crea un clímax adecuado y la gente está dispuesta a ver u oír cosas, no es de extrañar que se acaben viendo cosas; como cuando se tiene mucho miedo de que el asesino aparezca en mi casa, después de ver una película. Esto encierra el peligro de acabar «tocado de la cabeza», sobre todo el médium. En cuanto al médium, se dice que tiene que ser alguien «especial», que no sirve cualquiera.

Tiene que ser alguien escogido por quien dirige la sesión. En las sesiones de feria ambulante no se trata más que de alguien conchabado, como el que compra en un puesto de la feria una medalla de oro que resiste al ácido; esa medalla sí resiste, pero el segundo que compra y el tercero, comprueban que no resiste... cuando la feria se ha ido.

El tema se complica cuando el médium sí parece tener una capacidad especial para entrar en trance y cree ver figuras u oír voces extrañas. Pero en estos casos, más que capacidad habría que hablar de discapacidad. Lamentablemente hay personas que se aprovechan para sacar dinero, para promover el turismo o para demostrar que ellos mismos son enviados por Dios (en las sectas), utilizando a personas enfermas psíquicamente (que sufren epilepsia, neurosis, alucinaciones) o que son drogados. Y efectivamente entran en trance, en una situación lamentable y dolorosa, donde tienen alucinaciones y hacen cosas que no harían en su sano juicio.

En tiempos pasados, se ha identificado no pocas veces a personas que padecían un ataques de epilepsia o una enfermedad semejante como médiums, y otras veces como endemoniados, pues en esa situación de enfermedad, no sólo tenían convulsiones y alucinaciones, sino que hasta proferían blasfemias. Hoy todo esto está bastante aclarado, pero la psiquiatría no comenzó hasta el siglo pasado (Cfr. Vallejo Nájera, *Ante la depresión*) y no se ha avanzado en ella sino muy recientemente.

7. ¿Actúan los espíritus en este mundo?

El espiritismo sostiene que existen en este mundo las almas de los muertos vagando por ahí o encarnadas en animales, y que “conectan” con los hombres a través de sucesos extraordinarios: ruidos y mensajes por médiums. La credibilidad que tiene esta teoría es el

asombro que producen esos sucesos que, al no poder darles explicación, conducen a creerse la segunda cuestión: que envían mensajes a través de los ruidos y los médiums.

Sin embargo, quien sepa que esos fenómenos curiosos no son extraordinarios, sobrehumanos, sino explicables por las causas naturales, es raro que crea en el espiritismo; mucho más teniendo en cuenta lo complejo y oscuro del modo de esa «conexión» de las almas separadas con el mundo terreno. Porque se precisa crear un clímax propicio, oscuro, un lenguaje complicado para tener experiencia de esos sucesos y, después, atribuir su sentido a esas almas, y no a quien dirige la sesión.

Entonces, ¿no existen los espíritus? Claro que existen espíritus, pero no por este mundo, en esta habitación y a estas horas. Veamos. Dios ha revelado una serie de verdades que sirven para nuestra salvación. Y cuando Dios habla no dice opiniones, sino que dice la verdad, porque las cosas son como las ha hecho Él (o dicho de otro modo, las cosas son como las ha dicho Él, pues por su palabra las cosas son creadas).

La Revelación se contiene en la Sagrada Escritura y en la Sagrada Tradición, y ese conjunto de verdades las enseña la Iglesia Católica con la asistencia del Espíritu Santo. Es importante tener claro esto, pues serán falsas las opiniones de los hombres que contraríen la verdad revelada por Dios.

¿Qué dice la Iglesia sobre los espíritus? Aparte de Dios que es Espíritu purísimo, Eterno, Inmutable, Todopoderoso, etc., existen los ángeles, que son espíritus puros, es decir sin materia, y están gozando de Dios en el Cielo; también existen los diablos que eran ángeles y están en el infierno. Existen asimismo las almas de las personas humanas que han fallecido. Estas almas están o en el Cielo, o en el Purgatorio o en el Infierno. Sabemos por revelación que, al final de la historia, las almas de todos los difuntos volverán a tener el mismo cuerpo que tuvieron en la tierra.

En este mundo que vemos existimos las personas, compuestas de alma y cuerpo. Y no existen otros espíritus perdidos por el espacio o encarnados en una mariposa.

En segundo lugar, hay que decir que Dios ha puesto en toda la creación unas leyes y que éstas sólo las puede variar Dios, y aquellos a quienes se lo permita Dios. Ni los hombres ni los ángeles ni los demonios pueden por sí mismos hacer milagros. Moisés hizo milagros ante el Faraón de parte de Dios. Y los Apóstoles -y después otros santos- los hicieron en nombre de Dios.

Dios hace milagros a través de los hombres para el bien, no para hacer el mal, ni para crear miedo en las personas. Por ejemplo, quiere que se hagan los milagros para mostrar que una persona habla de parte de Dios, o para indicar que una persona está en el Cielo y se le puede declarar Santo.

Conviene distinguir, además, algo que es importante. Una cosa es que se aparezca alguien físicamente -en el caso de un difunto, que aparezca resucitado en carne y hueso- y otra la «aparición» de alguien a una o varias personas. En este sentido, cuando apareció a mucha gente en Fátima y en varios kilómetros de distancia que el sol se movía de una manera sorprendente, ese fenómeno no supuso que el sol cambiara su trayectoria, pues en otros lugares no se apreció nada.

No se trata de una ilusión óptica o de imaginar cosas irreales (una alucinación), sino a un tipo de suceso, una «aparición» a unas personas y no a otras. También, en este sentido, cuando en el Monte Tabor se aparecieron Moisés y Elías junto a Jesús, fue una aparición para ellos (es lo que ellos vieron y era real), pero no significa necesariamente que Moisés y Elías estuvieran físicamente allí. En estos casos, verdaderamente milagrosos, hay una intervención de Dios.

Y en cuanto a la pregunta sobre si los “espíritus de ultratumba” actúan en este mundo, es decir si podemos entrar en contacto con ellos, la respuesta es negativa. El mundo de los difuntos es un mundo distinto al de las personas vivas. Ellos están en la eternidad, nosotros estamos en el tiempo. Ellos no necesitan de este mundo espacial, porque no tienen cuerpo, nosotros sí. La dificultad está en imaginar cómo es el cielo el infierno o el purgatorio. Y es que no se puede imaginar como un lugar, sino que son estados del alma. Quiénes no conocen la doctrina cristiana (por ejemplo el hinduismo), imaginan que las almas de los que han fallecido tienen que estar por algún lado del universo, algo así como en estado gaseoso, o necesitando estar encarnados en animales vivos. Pero esto no es verdad. Al morir la persona humana, su espíritu pasa a la eternidad, que es otra cosa que nada tiene que ver con este mundo.

Por tanto, no cabe la «comunicación sensible» (que nos digan cosas e incluso se aparezcan) con las almas de los muertos. Esperar esto sería una necedad, porque no va a ocurrir. Pero cosa muy distinta es la oración, la relación que podemos tener con quienes están en el Cielo o en el Purgatorio.

La oración es la elevación piadosa de la mente hacia Dios. Dios siempre está dispuesto a escucharnos, también por medio de los ángeles y los santos. Y Dios también nos habla; nos habla a través de sus enseñanzas reveladas, a través de las personas que tiene previstas para manifestarnos su voluntad (la Iglesia, los padres, etc.); y nos habla en el fondo de nuestro corazón, sugiriéndonos qué debemos hacer, qué debemos rechazar o modificar. También cuenta con un medio en la Iglesia que es el director espiritual que nos puede aclarar si lo que apreciamos en la oración es de Dios o no.

La oración se desarrolla en el interior del corazón humano, y supone una actividad de la inteligencia y la voluntad. Por tanto, no debemos esperar manifestaciones extraordinarias, espectaculares, sensibles, y menos para divertirnos, excitarnos o pasar miedo.

8. La actividad del diablo

El diablo tiene cierto poder de actuar sobre las cosas de este mundo y sobre las personas, pero siempre en los límites permitidos por Dios. Puede actuar sobre las cosas haciendo ruidos, moviendo objetos, haciendo que no veamos cosas materiales, etc., como sucedió a algunos santos.

Sobre la actividad del diablo sobre las personas hay que decir ante todo, que lo que le interesa es las personas cometan pecados; para lo cual utiliza la tentación. También puede actuar por posesión, interviniendo en las facultades inferiores de la persona: una persona inculta puede hablar perfectamente en griego, o puede saber quien hay detrás de la puerta si haberle visto. Incluso puede privar de la razón, pero entonces tal persona ya no es responsable

de lo que haga en ese estado. Incluso puede combinarse las dos cosas y una persona poseída por el diablo puede caminar por el techo de una habitación sin que se le mueva un cabello ni el collar que lleva colgado. Pero hay que tener una cosa muy clara: la posesión diabólica es algo muy raro.

Dios puede hacer que un ángel se aparezca en esta tierra, como se relata en la Biblia que sucedió en algunas ocasiones. Y puede permitir que el diablo actúe. Pero es una verdad que ningún hombre puede por su voluntad hacer que el diablo haga algo, ni puede conseguir de Dios que el alma de un difunto haga algo en concreto (como es comunicarse con el mundo). Ni el diablo ni Dios dependen de la voluntad de ningún hombre. Por eso, ninguna pitonisa ni nadie humano puede por su poder hacer que se aparezca un espíritu.

Sin embargo, el diablo puede hacer cosas espectaculares, especialmente aprovechando la **magia negra**, en la que se le invoca. Es llamativa la relación entre el Comunismo y el satanismo (Richard Wurmbrand, *Mio caro diavolo*, Ed. San Paolo, Roma, 1979. Wurmbrand, ex-marxista, da a conocer una faceta desconocida de la trágica vida de Marx: sus versos satánicos, su odio al cristianismo, y hasta su entierro en el cementerio londinense de Highgate, considerado como uno de los centros de satanismo inglés. De sus versos satánicos, el más conocido es «Oulanem», anagrama invertido de Manuelo, Emmanuel, Dios con nosotros. Sobre los amigos de Marx baste con algunas frases de algunos de ellos: “Dios es el mal” (Proudhon), “Debemos despertar en el pueblo al diablo y excitar en él las pasiones más viles” (Bakunin). Es un aspecto que se aprecia en todos los líderes comunistas: en Lenin (enterrado en una tumba construida por Stjusev según el modelo del altar de Pérgamo, llevado por los Nazis a Alemania y arrebatado posteriormente por los rusos, donde se oficiaban ritos satánicos, según Apoc 2,13), Trotsky, Bujarín (que se lamentaba de no ser el Anticristo), en Mao, que comenzó a odiar a Confucio a la edad de ocho años, etc.).

Es interesante también saber que a partir del Renacimiento (y no en la Edad Media como piensan algunos) creció, sobre todo en el área protestante -y rara vez en los países católicos- el tema de la brujería. Ello es, en parte, consecuencia de la doctrina luterana. En efecto, Lutero era personalmente un espíritu atormentado por la duda de si se salvaría o no. Su interpretación de que Dios no mira los pecados de quienes confían en Él, no asegura que en el caso concreto “Dios nos mire bien”, es decir, los protestantes carecen de indicios por los que saber si se salvarán. Lo cual produce temor, temor a Dios. Y este temor lo transmitió con su doctrina.

Los católicos, en cambio, tenemos confianza en que Dios nos va a salvar si utilizamos los medios de salvación que Él nos ha dado: la gracia de los sacramentos, la Virgen, la oración, la comunión de los santos. Entre Dios y nosotros tenemos unos intermediarios, que son la garantía de que vamos por el buen camino. Por ejemplo, quien ha acudido contrito al sacramento del perdón, tiene la certeza moral de tener la gracia; la comunión de los santos da la seguridad de que unos a otros nos ayudamos en la reparación de los pecados, etc.

El temor a Dios lleva a temer también al diablo, sobre todo cuando se tiene conciencia de pecador, y para evitar atormentarse, y porque no tiene otros caminos, se necesita la mediación de alguien, un camino, que puede ser las ciencias ocultas o, en su caso, pactar con el diablo. En los países protestantes se dio entonces un fenómeno prácticamente desconocido en los países católicos: las brujas.

No seamos ingenuos, el diablo existe, y si se le invoca puede hacerse presente. “El demonio es atraído, no como un animal, por el alimento, sino como un ser inteligente, por una señal” (San Agustín, PL 41, 716). Y así como hay personas que se entregan de por vida a Dios, cristianamente, hay quienes se entregan a servir a Satanás.

A la **posesión diabólica** se puede llegar involuntariamente, padeciéndolo como una enfermedad. También puede venir por complicaciones de conciencia ante el pecado, que no se sabe resolver y se acude a él para calmarse. Normalmente es por la invocación del diablo en un rito satánico. Quien lo padece puede no tener voluntad de hacer lo que realiza en ese lamentable estado, pero sí ser responsable de ello, y mucho, por haber llegado voluntariamente a esa situación.

Últimamente los **ritos satánicos** se han puesto de moda en el mundo de la música Heaven, como se puede comprobar por algunas de las letras de sus canciones.

9. El caso de Saúl

Quizá ahora podamos entender un poco más el complejo pasaje de la Biblia (1 Samuel 28,8) donde se afirma que una pitonisa invocó, por encargo del rey Saúl al espíritu de Samuel y éste se apareció y le predijo el futuro.

El hecho es que Saúl intentó hablar con Dios ante el peligro inminente de los filisteos, pero no consiguió conocer el futuro invocando a Dios. Entonces se fue una noche, disfrazado, a ver a la nigromante de Endor. Le pidió que le predijera el futuro por medio de un muerto y le evocara al que él le dijera. La mujer le dijo que el rey había prohibido la adivinación. Saúl le convenció de que no le pasaría nada, y que evocase el espíritu de Samuel, el gran profeta.

Entonces la mujer vio a Samuel y dio un grito. Y dijo la mujer a Saúl: “¿Por qué me has engañado? Tú eres Saúl”. Pero el rey le dijo: “No temas, ¿qué has visto? Y respondió la mujer: “He visto un espíritu que sube de la tierra”. Saúl le preguntó: “¿Qué aspecto tiene?”. Ella respondió: “Es un anciano que sube envuelto en un manto”. Saúl se postró ante Samuel, le comunicó su miedo y le preguntó por su futuro. Samuel, después de protestar por haber sido turbado en su descanso, le dijo: “Mañana tú y tus hijos estaréis conmigo y el ejército de Israel será entregado también en manos de los filisteos”, como así ocurrió.

Aun cuando a primera vista parece un caso de espiritismo, sin embargo una lectura atenta no concluye en esa interpretación. Como en muchos pasajes históricos de la Biblia, se cuentan unos hechos para sacar consecuencias. Dios nos dice algo a través de ese suceso. La enseñanza, desde luego, no es que Dios quiera mostrar que la invocación a los espíritus «funcione», sino que el hombre no debe ser supersticioso, es decir, debe reconocer a Dios como su único Señor, y no poner su fe, su confianza en otras cosas. La superstición es un pecado grave contra el primer Mandamiento.

Hay que precisar que el término empleado por la pitonisa (es un “anciano”) en hebreo es “elohim”, algo así como un super-hombre, alguien sorprendente; en algunas biblias es traducido por varón o anciano, en otras por espectro (imagen fantasmal horrible). El hecho es que lo que se aparece asombra a quien lo ve. Puede ser que lo que Saúl contempla, lo ve como un fantasma. Y es que, aunque los fantasmas (los espíritus) no existen y Dios no reveló nada en este sentido, en el pueblo de Israel, por influencia de los pueblos paganos, existía esa

creencia. Esto se atestigua en el mismo Evangelio: cuando Jesús se apareció andando sobre las aguas, los apóstoles creyeron ver un fantasma. También, cuando Cristo resucitado se les apareció en el cenáculo creían ver un fantasma, y Jesús les aclaró que Él no era tal cosa. Pasado el tiempo, los cristianos ya no creían en los fantasmas. Cuando Pedro fue librado de la cárcel y fue a una casa, al hablar desde fuera, no dijeron los de dentro que sería un fantasma, sino: “Será su ángel”. Los ángeles son otros seres distintos de las almas sin cuerpo.

El hecho es que Saúl se apartó de Dios y, cuando quiso saber su futuro invocándole en la oración, Dios no le dio respuesta, entonces cometió un pecado gravísimo al acudir a una práctica pagana, a una superstición reprobada por Dios. Y Dios le mostró su desagrado por haberlo hecho y le indicó el castigo. (“¿Quieres enterarte de tu futuro sin poner tu confianza en Dios?, pues te vas a enterar”, dicho burdamente).

La interpretación tradicional de este texto (San Agustín, Santo Tomás de Aquino) dice varias cosas: que nadie en este mundo puede hacer milagros por propia voluntad, y como una pitonisa obraría un milagro si un muerto se apareciera cuando lo evoque cuando lo desea, hay que descartar que por el arte de la adivinación o de la magia pudiera haberse producido esa aparición.

Sólo caben dos posibilidades: la primera y más probable es que Dios quisiera comunicar a Saúl por medio de una «aparición» su sentencia de que moriría, utilizando el medio que Saúl había escogido, aunque fuera ilícito, y aunque por sí mismo el sistema no funcionara, pero él sí que lo creía. La segunda posibilidad es que fuera obra del diablo que simulara ser Samuel. En este caso, si fuera obra del demonio, éste habría servido a los planes de Dios, pues la enseñanza es clara: no se debe acudir a esos medios ilícitos.

En todo caso, hay que decir que Samuel no resucitó, no estuvo físicamente presente con su cuerpo, sino que fue una «aparición» como antes hemos señalado. Se ha puesto como ejemplo para negar la posibilidad de «comunicación» entre los vivos y los difuntos la parábola del Rico Epulón (Lc 16, 19-31), pero no me parece apropiada, pues el abismo del que habla es entre el cielo y el infierno, no entre este mundo y el de los muertos, y no dice que sea el espíritu de Lázaro quien avise a los hermanos de Epulón, sino que Jesús expone que, en esta vida quienes no creen en lo que Dios ha revelado “tampoco se dejarán persuadir si un muerto resucita”. Es decir, habla de muertos resucitados (con el cuerpo material), no de espíritus de muertos.

10. Dios reprueba esta práctica

Ya en el Antiguo Testamento aparece que Dios reprueba esta práctica: «No acudáis a los que evocan a los muertos, ni a los adivinos, ni los consultéis, para no mancharos con su trato. Yo, Yahvé, vuestro Dios» (Lev 19,31; cfr. Is 8, 19-20). Como ya hemos visto, Saúl ofendió a Dios por poner su confianza en esas supersticiones. En el Nuevo Testamento, San Pablo castigó con la ceguera al mago Elimas, y San Pedro reprendió severamente a Simón el Mago.

La Iglesia rechaza la invocación al diablo como un grave pecado. En cuanto a la evocación de los pretendidos espíritus para que éstos se manifiesten, lo ha tratado como ha hecho con los otros temas del ocultismo –las cartas, los horóscopos, la influencia de los

metales o las piedras preciosas, los extraterrestres, etc—: no entra al tema porque, simplemente, son tonterías.

Pero en cuanto a la asistencia a sesiones de espiritismo sí se ha manifestado: está prohibido, por la razón evidente de que la superstición (tributar culto divino a quien no se debe, o a quien se debe pero de modo indebido) es un pecado grave contra la fe. Esperar otro tipo de revelaciones al margen de lo que Dios nos ha dicho es dudar de Dios. Además hay varios peligros contra la moral —por ejemplo, puede quedar dañada la psicología con enfermedades mentales, especialmente el médium—, se coopera al mal y se induce al escándalo.

El Santo Oficio dio un Decreto el 24 de abril de 1917 donde declaraba ilícito asistir a cualesquiera alocuciones o manifestaciones espiritistas, sean éstas realizadas o no con intervención de un médium o sin él, sirviéndose o no del hipnotismo, aunque aparentemente simulen honestidad o piedad; ya sea interrogando a las almas o espíritus, ya sea escuchando sus respuestas, ya sea sólo mirando, aún con protesta tácita o expresa de no querer tener parte alguna con los espíritus malignos.

11. Una nueva secta

Allan Kardec pretendía mucho más que constatar y explicar científicamente unos sucesos extraordinarios. Era aquella una época en la que surgían en América del Norte «profetas» por doquier que afirmaban haber tenido una revelación especial de Dios para toda la humanidad para formar la iglesia verdadera en contra de la Iglesia Católica (recuérdese, entre otros muchos, a Joe Smith que fundó los Mormones en 1830; o a Charles-Taze Russell, que fundó en 1874 los Testigos de Jehová; a William Miller, que fundó en 1840 los Adventistas; o a Mary Baker, que fundó en 1866 la Ciencia Cristiana, etc, etc.).

Kardec no se quedó atrás y dijo que el 12 de junio de 1856 el Espíritu de Verdad le había revelado su misión de reformador, según lo que dijo Jesús a los Apóstoles en el Evangelio de San Juan: «Tengo todavía muchas cosas que deciros, pero ahora no podéis entenderlas. Cuando venga el Espíritu de la Verdad, Él os conducirá a la verdad plena» (Jn 16, 12-13). Y el 15 de abril de 1860, Kardec declara que ha recibido del más allá la misión del espiritismo, exponer la verdadera religión, la religión natural:

«El espiritismo está llamado a desempeñar un inmenso papel en la tierra. El reformará la legislación aún tan frecuentemente contraria a las leyes divinas; rectificará los errores de la historia; restaurará la religión de Cristo, que se tornó, en manos de los curas, en objeto de comercio y tráfico vil; instaurará la verdadera religión, la religión natural, la que parte del corazón y va directamente a Dios, sin detenerse en las franjas de una sotana, o en las gradas de un altar».

Como los otros fundadores de sectas, lanzó terribles ataques contra la Iglesia Católica: «Ha llegado el momento en que la Iglesia tiene que dar cuentas del depósito que le fue confiado, de la manera como practica las enseñanzas de Cristo, del uso que hizo de la autoridad y, en fin, del estado de incredulidad a que llevó a los espíritus (...). Dios la juzgó y la reconoció inepta para la misión del progreso que incumbe a toda autoridad espiritual. Solamente por medio de una transformación absoluta le será posible vivir; pero ¿se resignará

ella a esa transformación? No, porque entonces ya no sería la Iglesia; para asimilar las verdades y los descubrimientos de la ciencia tendría que renunciar a los dogmas que le sirven de fundamento».

El espiritismo nació en una época en la que se creía en el mito de la ciencia y del progreso, como nueva religión natural (no sobrenatural). Muchos pensaron que los descubrimientos que iba haciendo la ciencia explicarían todos los fenómenos que suceden, también los sobrenaturales.

Un poco antes, en Europa, el conde de Saint-Simon (+1825) pretendió crear un cristianismo renovado: la Religión del Progreso y de la Humanidad, que abarcara a toda la humanidad panteísta. Sus sucesores fueron masones, carbonarios, teósofos, fundadores de iglesias gnósticas, y con frecuencia todas esas cosas juntas.

La nueva ciencia sería como una especie de religión superadora de las religiones existentes. Por su parte, el espiritismo recoge algunas teorías orientales: se apoya en la preexistencia de las almas, su transmigración; la encarnación en la materia y su reencarnación sucesiva mientras el alma se va purificando hasta la perfección, la supervivencia de los espíritus en el planeta (nunca se llega al cielo), etc.

Kardec utiliza todos los elementos que se suelen dar en las sectas: según el principio protestante reinterpreta la Biblia a su manera, porque –dice– Dios se lo ha encargado a él. Con el convencimiento de cumplir una misión divina y apoyado en los textos sagrados hace sus dogmas, su moral y sus ritos. Insiste en promover valores humanos: la familia, no a las drogas y el alcohol; fraternidad universal y preocupación por los demás (esto va a hacer que mucha gente «enganche», pues se preocupan de «su caso»); lo que importa es el amor, la felicidad, la ayuda al hermano,...

Actualmente hay un gran movimiento en este sentido llamado Nueva Era (New Age) que admite gran parte de lo dicho sobre el espiritismo. Esta nueva «religión» –que no es otra cosa que una actualización del gnosticismo contra el que ya luchó San Pablo (1 Timoteo 1,3), San Ireneo de Lyon, etc– propone la bondad natural del hombre, desde su interioridad, la fraternidad universal, el amor por la naturaleza, a la música, etc. Una bondad del hombre basada en la paz interior, sin Dios, sin mandamientos, ni nada sobrenatural, y sin comprometer a nada.

Hacia 1960 hubo un resurgir de las sectas y de las ciencias ocultas que, en parte, dura todavía como reacción a la sociedad donde se tiene de todo, con el deseo de buscar algo «espiritual». Ante la falta de formación doctrinal entre los cristianos y el auge de las sectas, hay gente que acude a esta forma de creencia, que es una pseudoreligión.

Del espiritismo hablan frecuentemente algunas revistas (Más allá, Muy interesante, etc) que, sobre datos «científicos» que cuentan algunas personas «creíbles» dan explicaciones filosóficas e incluso teológicas sobre el hombre y el mundo.

12. La creencia en la reencarnación

Uno de los dogmas del espiritismo es la creencia en la reencarnación de las almas. En todos los pueblos se ha considerado que al morir la persona, su parte espiritual tiene que seguir viviendo de algún modo, pues todos deseamos ser perfectos y felices, y ya se ve que en

esta vida no acabamos de lograrlo. En la doctrina cristiana esto está claro: el alma, por ser espiritual, no muere; después de la muerte, el alma recibe el premio o el castigo. Sabemos por la fe que al final de los tiempos se volverá a unir con su mismo cuerpo para siempre. Pero hay sólo una vida y una muerte. Hay sólo una oportunidad.

La idea de la reencarnación parte del sentido humano de supervivencia, y es una creencia – pues no existen evidencias ni pruebas racionales a su favor–, de que las almas de los muertos necesitan purificarse hasta llegar a su estado final. Y en este intermedio entra la metempsicosis o transmigración de las almas: vuelven al mundo a ocupar cuerpos de animales o de personas, según fue su vida anterior, para purificarse o para tener una segunda oportunidad de ser buenos (segunda o la número trescientos: dicen que Buda ya lleva más de cuatrocientas reencarnaciones...).

El final varía según las distintas filosofías. Para la tradición órfica y pitagórica, luego recogida por Platón, el término de la vida sin fin es un mundo superior, divino. Para el hinduismo y otras posiciones orientales, lo que se ha de pretender es escapar, mediante el nirvana o extinción, de esa rueda de la metempsicosis, hasta llegar a fundirse con el Todo.

Los modernos defensores de la reencarnación –entre ellos los espiritistas– acuden a esas antiguas teorías. Parten de que muchos de los que están vivos ahora ya han tenido una vida anterior en la tierra. Y que eso se demuestra cuando alguien, al ver algo, reflexiona y piensa que eso ya lo he visto antes, y que también en los sueños se recuerdan fragmentos de otras encarnaciones. Según ellos, es muy posible que después de esta vida vengamos otra vez aquí; por eso, frecuentemente son vegetarianos: no comen carne de animales porque pueden vivir en ellos sus antepasados. No tienen claro cuántas reencarnaciones puede haber de un espíritu; lo que sí afirman es que al final se llega a la felicidad personal en un mundo idílico, aquí en la tierra, no en el Cielo.

13. Un relato

En enero de 1992 tuve noticia de un relato que me hicieron llegar de una chica que tenía entonces 19 años. Hacía poco que lo había redactado contando cosas que empezaron siete años antes. He cambiado los nombres para que no se conozca a los protagonistas. Es un relato algo confuso, pero así me lo dieron. Pienso que puede ser útil para darse cuenta de las fantasías que pueden alentarse en chicos de doce años y aún algo mayores.

«1º Todo comenzó en un verano en que las ciudades se quedan vacías y los pueblos se llenan a rebosar recobrándose de nuevo la vida alegre, dejando atrás el solitario, triste y aburrido invierno. Las amigas se reúnen como cada verano para divertirse y jugar en sus lugares favoritos como es propio de la edad (sobre 11 años). Pero este verano no comienza como los demás, en este verano Sandra, Raquel y Sofía (junto con más personas, pero en un segundo plano) van a ser protagonistas de un suceso trascendental para el mundo entero o lo que quede de él.

–Sandra: psicológicamente perfecta, es la mayor de las tres y de sus hermanos. Su personalidad es la de una niña que parece que ha tenido otra vida como persona en otro tiempo.

–Raquel: siempre sonriente, amable, buena, alegre y sensible, es la pequeña de las tres, y lo más importante y extraño: posee un corazón limpio y sincero.

–Sofía: alegre y simpática, celosa y un poco egoísta, reservada y miedosa.

2º Una de las chicas, Sandra, tenía visiones de un enviado de Dios: un ángel. Este ángel estuvo cerca de ella desde muy pequeña sin que lo supiera. No lo manifestó ni a sus padres, ni hermanos, ni amigas hasta que ella no encontrara una niña, Ruth, que debía aparecer en la vida de Sandra. Sandra debía ayudar a Ruth a que fuera buena y se esforzara en todo y advertirla además de que Dios quería ayudarla, porque tenía el peor futuro del mundo y Este quería hacerle un regalo (¿qué sería?).

Llegó el momento; Sandra ha encontrado a Ruth, que vivirá durante unos años en el mismo pueblo. Comienza la “aventura peligrosa”. Sandra es orientada por Kevin (nombre del ángel) que le indica el momento adecuado, y utiliza cuando es necesario el cuerpo de Sandra y ésta puede visitar determinados lugares, y el lugar más sorprendente: visitar el cielo sin haber muerto.

3º Sandra comienza a contar su experiencia con la siguiente pregunta: ¿crees que existen los fantasmas? Ruth dijo que sí, lo mismo Raquel y luego Sofía. El segundo paso fue contarles la historia de su relación con Kevin. Comienza contando el fin del mundo: Familias enteras estarán marcadas, señaladas, extraídas y juzgadas para limpiar y regenerar la tierra. Será una destrucción parcial como sucedió con el Arca de Noé. Pero anteriormente el demonio prepara la putrefacción de la persona, su destrucción moral y espiritual. Tendrá un enviado para ese fin, consiguiéndolo, no se sabe cuándo ni de qué manera, sólo que muy pronto, consiguiéndose el desbarajuste total del mundo como si de un atasco se refiriese. Entonces para salvar la tierra surge un «Supermán» (Kevin), un enviado de Dios, un siervo suyo con alto rango y privilegio en el cielo y con excepcionales cualidades físicas y psicológicas.

4º Los días pasaban y había que ir digiriendo tal cantidad de información con datos que parecían imposibles. Raquel y Sofía hablan entre ellas sobre los comentarios de Sandra. Raquel no lo podía creer, cómo allí, en un pueblo perdido y donde hay tantos en el mapa y tantas chicas como ellas y mejores les estaba sucediendo eso. Sandra contaba que el ángel que fuese enviado a la tierra tenía que reunir unos requisitos, hubo una elección de la cual y por eliminación quedó Kevin como «el más completo». Habla numerosos idiomas y de entre ellos contaba que el que más le costó aprender fue el español. Posee varias carreras universitarias, sus aficiones son los coches con sus correspondientes carreras y adora los caballos. Le gusta practicar el deporte como el atletismo, culturismo,... Raquel y Sofía dicen a Sandra y a Kevin que no pueden creérselo. Entonces Kevin cuenta a Sofía cosas que pasarán a su familia y a ella en un futuro no muy lejano, y así ocurrieron; como un posible atropello en una determinada calle, conversaciones en casa, etc.

5º Esto me recuerda el misterio de Fátima. La aparición de un ángel para comunicar algo a la tierra por medio de unos niños. Sandra va de viaje. Sandra y Kevin intercambian sus cuerpos por unos días, Kevin se queda unos días en la tierra con las chicas ocupando el cuerpo de Sandra y ella va de visita al cielo, y a su vuelta explica a sus amigas que es como un mundo perfecto donde el único gobernante es Dios. Todo el mundo va desnudo sin tener pudor a nada y todos son felices creándose una paz impensable. Hay colegios y universidades,

coches... conoció a los amigos de Kevin y su entorno, el idioma es diferente a cualquier otro que haya en la tierra...

6° Una de las muchas conversaciones era sobre la existencia de los vampiros. Los vampiros existían. Explicaba Kevin eran personas ya muertas que al llegar la hora que ya nos imaginamos todos surgían de sus tumbas para chupar la sangre a personas fallecidas recientemente... Van aumentando en número por momentos y hay personas preparadas y equipadas para exterminarlos bajo secreto de alto estado, hasta que ya no pueda guardarse más debido a la cantidad de ellos. En el pueblo donde se encontraban había dos, un hombre y una mujer. Las cuatro chicas fueron al cementerio y por medio de Kevin les señaló quiénes eran; éste se estaba preparando para exterminarlos y dejar a la población en paz durante un tiempo.

7° Ruth poseía el peor futuro del mundo y como regalo, Dios quería que se casara con Kevin. Sandra intentaba prepararla contándole cosas...

8. La vida anterior a la muerte de Kevin: Kevin nació en Norteamérica en una familia típicamente americana, tiene una hermana menor. Casi recién nacido fue bautizado y al poco tiempo murió, así que fue directamente al cielo sin más preámbulos, a su regreso a la tierra tenía 23 años.

9° La tarea de Kevin: Su misión concreta es la de ser líder de todo el mundo, aunque parezca muy fuerte decirlo. La tierra llegará al caos total a causa de lo que hemos dicho anteriormente y gobernará eternamente para el bien de todos, puesto que ya no morirá (¿A que parece muy bonito para ser cierto?)

10° Dobles: Pues resulta ser que cada persona en la tierra tiene a otra que es exactamente igual. Raquel tiene su doble en Romay (jugador de baloncesto), Sofía tiene su doble justamente en la misma ciudad donde vive.

Esto ocurrió hace 7 años (número mágico), en estos 7 años las chicas han crecido y esperan el momento oportuno, la explosión, mientras ellas han seguido su camino con más o menos aciertos, desgraciadamente separadas viéndose de uvas a peras, pero bueno, llega la hora y los 7 años ya han pasado porque estamos en el año nº 7. Sofía y Raquel calculan el tiempo, que será aproximadamente el verano del 92, después de la muerte de Sandra a los 19 años y por elección propia, si no ha cambiado de opinión.

11° Kevin ayuda a quitar complejos a Sofía para que no fuera tan tímida haciendo cosas que a ella le resultaban vergonzosas, poniéndose colorada y que ahora gracias a él, no le dan ningún apuro.

12° Las preguntas de Sofía: Con esta oportunidad que le brindaba el destino no podía evitar el preguntarle a Kevin por asuntos de los cuales nadie tiene respuesta concreta. Kevin se escurría en la mayoría de las preguntas, es decir, se iba por la tangente. En una ocasión Kevin comentó a Sofía que era más inteligente que las otras chicas porque ninguna había preguntado nunca nada y que se limitaban a escuchar (pienso que dijo eso para que no preguntase más).

Creo que ya he escrito todo lo que sé sobre el tema, así que, esperando los resultados me retiro y ya no escribo ni investigo más sobre el tema hasta que suceda, manteniéndome en silencio, hasta que llegue mi turno, y si es absolutamente necesario». Sofía.

14. Conclusiones

¿Quién a los 13 ó 15 años, sobre todo si es de carácter sentimental, no ha sentido la ilusión de «ser alguien», sentirse importante, haber sido elegido para algo especial, y no tener que vivir la vida corriente y ordinaria que la realidad impone?

Se puede tener mucha imaginación, incluso hasta creerse que todo eso es real. Lo duro viene después, cuando se espera el gran día, el cumplimiento de la misión. Porque entonces se espera, se espera, y resulta que no sucede nada. Pasa el tiempo y la «comida de coco» se va deshaciendo, y vienen quizá las lágrimas, porque uno advierte que es como los demás, y no tan importante como se creía. Y da vergüenza, porque otro, –quizá alguien mayor– se aprovechó de mi inocencia, de mi ignorancia, de mi credulidad, y sacó partido... porque todo iba en secreto.

He transcrito parte del relato (¡había más...!) por si a alguien que lee estas páginas le han contado una historia semejante, y para que aprenda en cabeza ajena. Todo es muy bonito en la imaginación, en las películas y en el mundo de las sectas. Pero la vida real, gracias a Dios, es menos complicada, menos misteriosa, aunque a veces nos pueda parecer monótona y nos cueste vivir de esa manera sencilla. Y es que lo que nos viene bien es el trabajo, la obediencia a los padres, reconocer nuestras virtudes y nuestros defectos,... Las cosas son como son, no como nos gustaría que fueran.

Es muy fácil engañar a la gente que no tiene madurez humana, sentido crítico y formación cristiana. Primero, haciéndoles creer que quien les habla es una persona seria, normal y «creíble», que sabe «mucho». Segundo, haciendo creer al interlocutor que él es importante, autosuficiente (y mejor que no diga nada a sus padres). Y en tercer lugar le cuentan una historia muy vieja sobre mundos ocultos, que sólo algunos «elegidos» pueden entender; entre ellos, tú.

El mundo es muy viejo, en cambio, cuando se es joven uno se asoma a la vida por primera vez y desconoce esas historias viejísimas de reencarnaciones, de contactos con espíritus o sobre el fin inmediato del mundo. Además no se conoce a sí mismo, es decir, no se percata de que cuanto uno está más seguro de sí mismo, se es más vulnerable, más capaz de ser engañado.

Ya en lo que tenemos de común con los animales, la persona humana es el ser que más cuidados necesita de sus padres; pero todavía mucho más en el ámbito espiritual: necesita alguien que le enseñe la verdad y dirija sus pasos hacia el bien verdadero. Pero, claro, eso de aprender y obedecer cuesta, especialmente cuando uno se siente importante y «autosuficiente».

Todo esto del espiritismo, de la reencarnación, de la astrología, de las sectas es una «comida de coco» para el que se lo crea y se lo tome en serio. Es una pena que quien cree en estas cosas no crea en lo que Dios nos ha revelado y la Iglesia nos enseña bajo la inspiración del Espíritu Santo. Cuando alguien «cree» en el espiritismo, en vez de creer lo que Dios dice y poner su confianza en Dios, prefiere creer en quienes dicen que los espíritus hablan (con lo complicado que son sus manifestaciones, lo raro de la actividad de los médiums, lo oscuro que son sus mensajes,...). El sentido común dice que «lo raro, es raro», pero para algunas personas, «lo raro, es interesante... y que puede ser verdad».

Las personas complicadas buscan explicaciones ocultas, misteriosas, a los sucesos que no entienden. Sin embargo, las cosas suelen ser mucho más sencillas de lo que esperan algunos. Las cosas referentes al «más allá» que interesan a los hombres nos las ha revelado Dios (juicio, purgatorio, cielo, infierno). Creer en Dios y en aquellos que le representan –«El que a vosotros oye, a Mí me oye» (Lc 10,16), dijo Jesús a sus Apóstoles– es mucho más creíble que creer en oscuras invenciones humanas. Quienes no creen en «esas» cosas ocultas suelen tener más higiene mental que los que las creen. Y no digamos nada cuando se trata de la intervención del diablo...

La doctrina cristiana explica con claridad y profundidad qué es la persona humana y cómo debe comportarse en este mundo; y nos habla del «más allá» ofreciendo luz y esperanza, sin oscurantismos. En la Biblia, y especialmente en el Nuevo Testamento, los personajes que aparecen son muy normales, son muy «humanos», y las enseñanzas de Jesucristo, aunque hablara de misterios sobrenaturales, están llenas de sencillez, no de oscuros misterios ni de ideas tremendistas que lleven al temor.

Dios nos ha revelado que, detrás de la muerte, hay un juicio particular para cada uno según sus obras, y hay Cielo, Purgatorio o infierno. Hay ángeles y demonios, hay santos y condenados. Y en esta tierra, mientras vivimos de modo normal, humano, debemos hablar con Dios, la Virgen, los ángeles y los santos, a través de la oración. En el cristianismo es todo mucho más sencillo.

Si fuera verdad que podemos «conectar» sensiblemente con los fallecidos, Dios nos lo habría dicho. Pero no nos ha dicho nada de eso porque no es verdad, sino una imaginación – muy elaborada, ciertamente–, una creencia en algo irreal. Los cristianos creemos en muchas menos cosas que aquellos que creen en fuerzas ocultas, en espíritus deambulantes y en la reencarnación.